

POEMAS DEL SUR

Posted on 25 agosto, 2016 by Eduardo Escalante Gómez



Cuerpo que como un barco navega desde el día en que se nace. Nunca ha ralentizado su velocidad, sin embargo los pies saben de mareas vivas y muertas.

Category: [Literatura](#)

Tag: [Poesía](#)



Jardín de los días

Cuerpo que como un barco navega desde el día en que se nace.
Nunca ha ralentizado su velocidad, sin embargo,
los pies saben de mareas vivas y muertas.
Muchas escenas de primer plano se fueron
poniendo en marcha, jornadas especiales se capturaron cuando
el verde está floreciendo y la línea del tiempo cobra
especial importancia en lo que sopla aquí adentro.
Palomas en los cables son advertencia

que el tiempo trae presagios de ostras negras.
No se alcanzará a lamer la espuma del vaso de cerveza.
Un pájaro se estremece en una campana que protesta.
La ciudad se hace cargo de denunciar mi insignificancia.
Cuánta sal se escurre en cada ola de dolor.
Lluvia fría, turbulencias, despeñaderos no han sido ajenos,
pero no han capturado la vida ni traído de vuelta
nostalgias. Se ve a través de un lente que tiene ojo limpio,
cataratas no se han tejido, ni reales ni imaginarias.
El hueco de la escalera en esa tarde,
cuando llegaba el sol a través de las persianas,
está escrito como también la ida al circo y los dulces.
Incluso llegó hasta la roca, secó la lluvia que cayó al mar.
Se vuelve al límite como a lo ilimitado.
Cuando me siento en el tercer escalón, recuerdo
no acostarme con zapatos, comer con los codos bien puestos.
Cada uno tiene más luz de la que cuenta o recuerda,
pero a veces algunos se hunden en miel de abejas agria.
No escuchan que la música de cámara de la vida no abandona,
a veces ya sea escuchar con total atención o bien apagar
Una gota puede perfectamente encerrar a costas que deambulan.
El choque de las olas tiene siempre un hueco
que se adapta con el tiempo y deja que la mirada incesante
divise al niño a la distancia. Pétalos de color azul o naranja
se almacenan en los ojos.



© Eduardo Gonzalez

Tiempo de cada uno

Mi tiempo es como una gran masa de harina que amasar.
En atriles he puesto telas con el color azul del cielo
y las caricias de la luna a las olas. Algo, alguien sostiene.
Transcurre en este pueblo en el que el sonido del viento llena el espacio
y los caminantes lentamente regresan a casa.
Como todos nosotros, sus cabezas llevan sueños imaginarios
y desde los de acantilados se regocijan con las escenas.
Ya en casa, guardan en el armario las flores del día que nada las ha deshojado,
en un mundo que tiñe de negro cualquier instante de luz.
Sólo estar presente puede ser mal interpretado.
En este lugar, se utilizan diferentes obras de teatro para cambiar

el dialecto de la ciudad. Cada uno interpreta su propia muerte.
Todos buscan su propia forma de acercarse a la parte secreta de la vida,
sin devorarla previamente como un cangrejo hambriento. Dejan
que el universo muerda y se pronuncie un versículo
en reunión de los que buscan la inocencia sacándola de la propia mano.
Encienden antorchas pues hay tiempo prometido.
La persona que lo olvida reduce su mundo,
quizás quiere partir ya. Los demás se atreven a respirar y corren
las cortinas de la ventana.